

La puerta lila de la dirección

En la escuela El Roure Petit, había una puerta que siempre llamaba mucho la atención. No era la puerta de la biblioteca, ni la del comedor, ni la del gimnasio.

Era la puerta de dirección.

Todo el mundo la conocía porque tenía un pomo redondo de color dorado y, justo en medio, un pequeño cartel hecho a mano que decía:

Dirección – Pasad con una sonrisa

La directora de la escuela se llamaba Núria. Llevaba gafas redondas, zapatos cómodos y siempre llevaba un bolígrafo en el bolsillo. Pero lo que más gustaba a los niños era que la directora Núria no daba miedo. Al contrario: sabía escuchar, sabía reír y siempre encontraba una manera de hacer sentir importantes a los niños y niñas.

Una mañana de marzo, cuando el sol entraba por las ventanas como un curioso gatito, la maestra Marta escribió en la pizarra:

8 de marzo – Día de la Mujer

—Este año —dijo la maestra— realizaremos una actividad muy especial. La directora Núria nos ha invitado a subir a la dirección.

Toda la clase abrió los ojos grandes.

—¿En la dirección? —susurró Arnau.

—¿Todos? —preguntó Jana.

—Sí, todos —respondió la maestra—. Pero hay una condición: tendréis que entrar con los ojos bien abiertos y el corazón preparado para descubrir una sorpresa.

Esto aún les despertó más la curiosidad.

Cuando llegaron frente a la puerta de dirección, vieron algo nuevo: junto al cartel de siempre había otro, pequeño y lila, que decía:

Hoy abrimos la puerta de las historias valientes

La directora Núria les recibió con una sonrisa.

—¡Bienvenidos, exploradores y exploradoras! Pasad, pasad.

La oficina de dirección era más bonita de lo que imaginaban. Había una mesa llena de papeles de colores, una estantería con cuentos, una planta que parecía querer tocar el techo y una alfombra redonda en medio de la habitación. Pero lo sorprendente era la pared del fondo.

Allí había colgadas muchas fotografías.

Fotos de maestras, abuelas, médicas, científicas, artistas, bomberas, campesinas, escritoras, deportistas… Y también había mujeres del mismo barrio: la panadera, la bibliotecaria, la cocinera de la escuela,

la monitora del patio y una madre que conducía un autobús.

—¿Quiénes son todas estas mujeres? —preguntó Bruna.

La directora Núria se acercó a la pared y dijo:

—Son mujeres que, de una u otra forma, han ayudado a cambiar cosas. Algunas hicieron grandes descubrimientos. Otras tuvieron ideas valientes. Otras, sencillamente, no se rindieron. Y todas nos recuerdan algo importante: que las niñas pueden soñar muy alto, y que los niños deben aprender a andar a su lado con respeto y alegría.

La clase quedó en silencio.

Entonces, Biel levantó la mano.

—Pero… ¿por qué lo hacemos hoy?

La directora Núria sonrió.

—Porque se acerca el Día de la Mujer. Y no es sólo un día por felicitar. Es un día para recordar, aprender y seguir haciendo que nuestro colegio sea un lugar justo para todos.

Encima de la mesa había una caja lila con estrellas dibujadas.

—Dentro de esta caja —explicó— hay un reto para vosotros.

Jana la miró con emoción.

—¿Un reto?

—Sí. Cada niño tomará una tarjeta.

Uno a uno, los niños y niñas fueron sacando tarjetas. En cada una estaba escrita una frase.

La de Arnau decía:

“Busca a una mujer de tu entorno que realice un trabajo importante.”

La de Bruna decía:

“Recuerda una vez que una niña fue valiente.”

La de Biel decía:

“Piensa en algo que todo el mundo debería poder hacer, sea niño o niña.”

La de Jana decía:

«¿Qué sueño te gustaría cumplir sin que nadie te diga que no puedes?»

Los niños se sentaron en la alfombra y empezaron a hablar.

—Mi abuela aprendió a leer cuando ya era mayor —dijo Bruna—. Y ahora lee cuentos a mi prima pequeña.

—Mi madre es mecánica —dijo Biel—. Y sabe arreglar cosas que yo ni entiendo.

—Mi hermana mayor quiere ser ingeniera —explicó Arnau—. Hay gente que se sorprende, pero yo creo que va a construir cosas increíbles.

—Yo quiero ser alcaldesa… o astronauta… ¡o las dos cosas! —dijo Jana, haciendo reír a todo el mundo.

La directora Núria escuchaba sin decir nada, con esos ojos que parecían guardar las palabras como si fueran tesoros.

Cuando todos terminaron, la directora se levantó y abrió un cajón de su mesa. Sacó un espejo pequeño, con un marco lila.

—Ahora os enseñaré la fotografía más importante de toda la pared.

Los niños miraron a las fotos, pero la directora negó con la cabeza.

—No, no está ahí.

Puso el espejo en medio de la alfombra.

—Está aquí.

—¿Un espejo? —preguntó Biel.

—Sí —dijo Núria la directora—. Porque entre vosotros hay futuras científicas, maestras, artistas, médicas, campesinas, directoras, inventoras, arquitectas, cocineras, deportistas... Y también hay futuros hombres que sabrán compartir, respetar, cuidar y construir un mundo mejor junto a las niñas. El futuro no se hace dejando a nadie atrás.

Jana miró al espejo y sonrió.

Bruna también.

Arnau dijo flojito:

—¿Significa esto que todos podemos ayudar?

—Exactamente —respondió la directora—. El Día de la Mujer sirve también para ello: para recordar que la igualdad se construye entre todos, cada día, con palabras, con decisiones y con pequeños gestos.

En ese momento oyeron tres golpes suaves en la puerta.

Toque, toque, toque.

Era Sílvia, la cocinera de la escuela, que llevaba una cesta llena de galletas redondas.

—He oído que hoy en dirección ocurrían cosas importantes —dijo, divertida.

—Muy importantes —respondió Núria.

Sílvia entró y les explicó que de pequeña le encantaba cocinar, pero que mucha gente le decía que aquello «no era algo relevante». Pero ella continuó, estudió, aprendió recetas de muchos lugares y ahora preparaba platos buenísimos para toda la escuela.

Luego llegó Carme, la conserje, que sabía arreglar cerraduras, cambiar bombillas y hacer desaparecer los nervios con una sonrisa.

Y también subió Laia, una antigua alumna de la escuela, que ahora estudiaba para ser científica del mar.

Esa mañana, la dirección se llenó de historias.

Historias de mujeres valientes.

Historias de mujeres constantes.

Historias de mujeres que, sin llevar capa, hacían cosas extraordinarias todos los días.

Antes de marcharse, la directora Núria repartió a cada niño una hoja en blanco con un título escrito encima:

«La mujer que me inspira»

—Para mañana —dijo— me gustaría que dibujaseis o escribieseis sobre una mujer que admiráis. Puede ser alguien famoso o alguien muy cercano. Puede ser vuestra madre, una tía, una amiga, una maestra, una vecina, una deportista o una científica. Cualquier mujer que os haga pensar: “Yo también puedo” o “Gracias por abrir camino”.

Cuando salieron de la dirección, la puerta lila no parecía ya una puerta misteriosa.

Ahora parecía una puerta especial.

Una puerta que guardaba historias.

Al día siguiente, el pasillo de la escuela se llenó de dibujos y palabras. Había retratos de abuelas valientes, de madres trabajadoras, de hermanas creativas, de maestros pacientes y de mujeres que habían luchado para que hoy las niñas pudieran imaginarse cualquier futuro.

La directora Núria colgó todas las hojas en un gran mural junto a su puerta.

En lo alto escribió:

“En nuestra escuela, cada niña puede ser lo que sueña.

Y cada niño puede ayudar a hacerlo posible.”

Y desde ese día, cuando alguien pasaba delante de la dirección, ya no pensaba sólo en papeles, reuniones u horarios.

Pensaba en una puerta lila.

La puerta de la que salían ideas valientes.

La puerta de la que crecían sueños.

La puerta que recordaba a todo el mundo que, dentro de una escuela, y dentro del mundo, hay sitio para todas las voces.

Sobre todo para aquellas que, durante demasiado tiempo, no siempre habían sido suficientemente escuchadas.

Y cuento contado, este cuento ya ha terminado…

pero el mensaje, todavía hoy, sigue caminando por los pasillos de la escuela.